

ron algun rescoldo de las llamas del cielo en las tumbas del Gólgota y algun eco de las palabras de Dios en la montaña de Sion. Todavía la rosa de Jericó aroma nuestra infancia y reflorece en los vasos de nuestros altares; todavía los pozos de Jacob guardan agua con que apagar la sed inextinguible de muchas generaciones; todavía los camellos del desierto llevan en su lomo peregrinos que creen ir por aquel océano de arena sin ruta ni senderos á la santa eternidad; todavía en las nubes relampagueantes de la tempestad creemos ver las chispas causadas por las ruedas del carro de los Profetas; todavía las piedras del templo de Salomon ocultas en las ruinas están como empapadas con lágrimas de los judíos que vuelven á celebrar su Pascua; y todavía los que agonizan, allá en las estepas de Rusia y en las montañas de Grecia, piden por piedad que los lleven á morir sobre la tierra de Jerusalem, madre mística de su alma y postrer asilo de su última esperanza.

La gran ciudad ha sido asunto en todo tiempo de mil disputas teológicas. Como quiera que los Evangelios pongan el sitio del Calvario y el sitio del Sepulcro fuera de Jerusalem, los incrédulos no quieren asentir á la verdad del sitio consagrado por el asentimiento universal hoy, pues diz que está dentro de Jerusalem, como si la soledad del Foro y la tristeza y aridez del Palatino, tan poblados ayer, no mostraran cómo estos grandes monumentos geológicos de la historia cambian al curso de los siglos y al peso de las catástrofes. Los monjes de Jerusalem y los escritores de historia religiosa, todos unánimes, han convenido en que fué cosa fácil designar la situacion del Sepulcro, porque Adriano puso en ella un templo consagrado á los dioses paganos para vencer la supersticion cristiana; y no hubo mas que recurrir al derribo de este edificio para encontrar la peña viva donde se cavó la gloriosa tumba. Estos y otros muchos asuntos históricos, arqueológicos y artísticos han embargado á innumerables peregrinos de todos tiempos en su paso por Jerusalem.

Pero á Ignacio no le podian llevar tales pensamientos. La geografía sagrada, la ciencia arqueológica, el desarrollo de la verdad dogmática, la misma historia evangélica le tenian sin cuidado á él, que todo lo miraba y lo veia con los ojos ardientes de su exaltado misticismo. La Jerusalem tradicional de su antigua fe católica era toda la Jerusalem que buscaba; y aun despues de no haberla encontrado, la única que veia, en los desiertos de Palestina. Además,

habia de tal suerte absorbido los libros evangélicos y las historias piadosas, no ya en lo interior y espiritual de su mente, sino hasta en sus carnes y en sus huesos y en su sangre, que la contemplacion, subsiguiente á sus grandes meditaciones, le hacia ver y tocar como cosas efectivas y reales todos los actos de la Pasion y todas las escenas del Calvario. Por consiguiente, poco podia la Jerusalem material influir sobre aquel ánimo exaltado, que habia visto, entre los dolores de su penitencia y los desmayos de su debilidad y de su ayuno, aparecer la Jerusalem espiritual, no como la sombra proyectada por un sueño y como la febril ilusion de una pesadilla, sino visible y palpable, dentro de la mas objetiva y aun de la mas tosca realidad. Lo admirable seguramente, lo admirabilísimo en toda esta peregrinacion, era la fijeza del pensamiento, la tenacidad del propósito, la indiferencia constante á los peligros y á la muerte.

Pero si algo el mundo exterior hubiera podido influir con sus espectáculos en un mundo interior tan fijo y tan reconcentrado como el mundo interior de Loyola, indudablemente, aquellos desiertos, generadores de muchas verdades, sí, pero tambien de muchas supersticiones y fábulas, eran los mas idóneos para la exaltacion febril adquirida ya como una cualidad íntima y eterna, por su espíritu agitado y sacudido de un continuo delirio. Ocasos enrojecidos en cuyos vapores ardientes las nubes de fuego toman formas apocalípticas y fingen las legiones de ángeles que han de esparcir á los cuatro puntos del horizonte los planetas en cenizas, disipados y desvanecidos por los espacios en duelo; desiertos interminables por cuyas arenas los solitarios han vivido, los penitentes han llorado, los redentores han muerto, y que convidan con sus yermos al silencio y al retiro, como cementerios que se hubieran tragado no solamente á los muertos, sino tambien sus sepulturas; ruinas calcinadas por el incendio de los pensamientos religiosos y unguidas por las oraciones y por las lágrimas de innumerables sectas religiosas, hijas todas á una de la exaltada fe; monumentos contradictorios como la rotonda del Santo Sepulcro y los minaretes de la mezquita de Omar, en cuyas piedras ciclópeas se cuajaban religiones opuestas acercadas allí por las circunstancias históricas como para que se viera su contradiccion eterna; las colinas de la muerte, las grutas de los Profetas, las calles de amargura, los sitios de la expiacion universal, la cumbre del Gólgota, las honduras del Josafat: hé ahí cuanto en la hora crítica de pasar Ignacio

desde la mocedad á la madurez, se presentaba con tantas enseñanzas y tantas revelaciones á su alma combatida por una tormenta de ideas.

No podemos, ni fingir los tiempos pasados tales como pasaban, ni resucitar á los personajes históricos tales como eran. Y no pudiendo hacer esto, no podemos tampoco, por ende, adivinar lo que sucedería en el corazón y en el pensamiento de Ignacio, al ver y palpar aquella increíble realidad. Sus ojos se alzarían de la tierra triste al cielo ardiente para contemplar cómo el divino Hijo se ofrecía en el ara de aquel sacrificio y cómo el Eterno Padre aceptaba su terrible holocausto. De seguro, con ese materialismo á que le inclinaban tanto su complexión natural como su complexión intelectual, Ignacio veía de veras y tocaba casi con sus manos la Pasión de Cristo. ¡Cómo se angustiaria en el Gólgota! El sudor y la sangre del Justo, vendrían á sus poros en aquella exaltación de los sentidos y en aquel deliquio de la mente. Cual á su modelo y maestro, apareceríansele todas las angustias juntas en este trance supremo, y divisaría el mismo cáliz de hiel apercebido por la misma mano y destinado á cuantos pugnan por el reinado de Dios. Su cólera militar se suscitaría, pisando el sitio donde Judas recibiera los treinta dineros y osculara con su falso beso el divino rostro, jurando á tal recuerdo quizás no envainar su espada como la envainó Pedro. De rodillas andaría él por la calle de Amargura, y en las piedras dejaría pedazos de su carne y rastros de su sangre que aumentasen las tristezas de aquel terrible y luctuoso camino. Al llegar al Calvario, todo cuanto sucedió en él, sucedería en su interior también. Sus sienes de seguro sentirían la corona de espinas, sus brazos los nudos del cordel, sus carnes los azotes de las varas, sus ojos las congojas de María, sus labios la hiel y vinagre, su costado la terrible lanzada, sus miembros las heridas, su alma las blasfemias, hasta llegar á los dolores del trance último y morir entre los sacudimientos del suelo lacerado por el dolor y los horrores del aire derretido en diluvios de lágrimas.

No cabe duda que vería y tocaría Ignacio todos estos recuerdos en la realidad, como si en vez de ser cosas ideales, fuesen cosas visibles y tangibles. Pero engañaría respecto al carácter del santo quien le creyera capaz de reducirse á una contemplación estéril. Para su ánimo batallador y pendenciero de suyo, solo existía en el mundo y solo había en el hombre una cosa verda-

deramente grave, la constante acción. Sus ejercicios espirituales no se reducían meramente á prácticas piadosas; elevábanse á preparaciones indispensables para inscribirse con una indeleble inscripción en las milicias de Cristo y consagrarse á la pelea sin reservas y sin treguas. Por consiguiente, la realidad del estado de Jerusalén se imponía seguidamente á su conciencia, y la resolución de alterarlo á su voluntad y á su ánimo. Todos estos hombres de acción, todos estos excepcionales organizadores, todos estos combatientes, nacen y viven y mueren así, creyendo que se llevan una idea en la punta de su lanza; ó que contienen y encierran y matan una creencia en los muros de sus fortalezas, ó que modifican y alteran la realidad á los conjuros de sus pertinaces y continuados antojos. Cuentan las historias que, al convertirse á la fe católica el bárbaro Clodoveo, como le contaran la Pasión de Cristo, exclamó, enfureciéndose y vibrando su lanzon terrible: «No sucediera esto, de hallarme yo allí presente.» Pues con seguridad, la presencia de Ignacio en Jerusalén, profanado por los infieles y ceñido de la abominable media-luna, inspirábale una idea viva y concreta, la idea de modificar la triste realidad social y despedir con sus dos brazos á quien no había podido despedir la cristiandad entera con sus audaces cruzadas.

Sí, el santo creía en el milagro. Y creía más; que las oraciones del hombre, importunando si se quiere á Dios, podían obligarle á efectuar cualquier prodigio. No solo su temperamento, sino su educación también, le llevaban á estos idealismos; y después de concebidos, á realizarlos en verdad y á convertirlos en tangibles hechos. Así como era su grande facultad la constante acción, era su campo de batalla la viva realidad. Pocos hombres han tocado por sus contemplaciones tan seguramente las cimas de lo místico, y pocos hombres han descendido con tanta facilidad, y de un salto, desde tales vaguedades etéreas, invisibles é impalpables, á la tosca visible y palpable realidad. Nada tiene, pues, de maravilloso y extraño que al par de ejercitarse su pensamiento en la contemplación de los Santos Lugares, su voluntad se ejercitara en el propósito hercúleo de limpiarlos. Al fin era español y había visto los últimos restos del más poderoso y más bello imperio fundado por los hijos del desierto rodar y caer en las vegas granadinas, ante la corona de su monarquía y ante la cruz de su Iglesia. Así, ansioso de modificar la realidad pero imposi-

bilitado de sufrirla, agitaba en su mente los proyectos mas extraños y creía ponerlos por obra con la mas extraña y mas increíble alucinacion. Las cruzadas habian retrocedido, los cruzados primeros habian muerto, y no quedaban allí ni siquiera sus sepulcros, ni aun los huesos de sus cadáveres devorados por continuas catástrofes; el reino fugazmente conquistado por el rey santo y vírgen Godofredo de Bouillon, estaba tan desvanecido y disipado como la sangre de las venas del héroe que se ofreciera en holocausto á Dios, allí mismo donde Dios se habia dado en holocausto al hombre; no se oían ya las predicciones del hermitaño Pedro ni del doctor Bernardo en los campos de la Europa cristiana; no nacían ya en los palacios de los reyes, ni Federicos de Alemania, ni Ricardos de Inglaterra, ni Felipes y Luises de Francia, ni ninguno de aquellos que removían el mundo con la cruz roja en el pecho; los caminos conducentes desde las orillas del mar Mediterráneo á los desiertos del sacro Sepulcro, no veían aparecer los antiguos cristianos, y apenas contemplaban alguno que otro peregrino; la naturaleza de Asia no habia querido hacer ningun milagro en favor de la residencia del cristiano bajo sus ardentísimos cielos; y el dueño de la Jerusalem esclavizada, despues de recluir en sus serrallos, como una hurí georgiana, la hermosísima Atenas, y de arrancar la cruz de Constantino y Justiniano, lábaro de innumerables victorias, á las rotondas de Santa Sofía, íbase hasta herir con su alfange los muros de Viena y amenazar con su sombra la corona de Cárlos V, cuando Ignacio, actor de una epopeya que durara siete siglos, se postraba de rodillas sobre aquella tierra de escombros, repulsiva por completo á la dominacion cristiana, y prometía y juraba rescatarla, como si no se hallase construida en los límites del espacio y sujeta de suyo á las circunstancias del tiempo, cual todas las obras históricas y sociales, inaccesibles al pensamiento solitario y al arbitrio caprichoso de los aislados individuos.

Pensó Ignacio permanecer hasta el fin de sus días allá en Jerusalem; y aun comunicó el pensamiento al prior de los franciscanos. Estos monjes habíanse quedado allí, desde que su padre y fundador, el seráfico San Francisco, alcanzara para ellos del rey moro de Egipto, un apartamiento y un asilo. Nadie tan apto como estos frailes para comprender cuántas fatalidades, incontrastables por su carácter físico y mecánico, se oponían al rescate de la

sagrada reliquia que todavía guarda en sus rescoldos apagados y extintos la Jerusalem de los Profetas, afeada por el clavo de la servidumbre que ha introducido en sus carnes el Emperador de los turcos. Ellos sabían que, si estaban aun allí, era debido al respeto escrupuloso de los convenios antiguos y á la obediencia constante de las antiguas costumbres. Un misionero, como Ignacio, de ardientes deseos y de febril sangre, ansioso por el combate aunque tuviera por término el martirio, cometía miles de imprudencias por minuto y desasosegaba por necesidad á los frailes en la quieta y tranquila posesion de sus antiguos privilegios. Ignacio, comprendiendo que toda obra de accion exige los concursos y cooperaciones del tiempo, queria quedarse toda la vida en la Jerusalem terrenal, para desde sus aras subir de un solo vuelo por toda una eternidad á la Jerusalem celeste. Imaginaos el apuro de los frailes franciscos bajo la triste amenaza de una residencia del temerario, que arriesgando á cada instante la propia vida en grandes riesgos, arriesgaba con ella tambien la tradicional tranquilidad del convento y hasta el acceso á la Jerusalem de los demás peregrinos. Leyendo el fondo secreto de las escuetas líneas consagradas por los biógrafos á este paso de Ignacio, obsérvase la temeridad del santo y la inquietud del monasterio. Mal debia este ponerse, cuando hubo de decirles que tomasen á cargo su conciencia para confesarle y regirle, pues en lo demás él se proveeria, no queriendo serles ni pesado ni aun cargoso. El guardian circunstancial, que interinamente regia la comunidad por hallarse léjos el prior verdadero, viendo un cenobita de aquel género, tan piadoso, pero tan arriesgado y temerario, suspendió todo acuerdo, remitiéndolo á la verdadera y definitiva resolucion de quien tenia, para tomarla y decidirla, toda la indispensable autoridad del convento.

¿Qué cosas no haría Ignacio en Jerusalem? El propio padre Rivadeneira le llama indiscreto y poco recatado, puesto á cada minuto en peligro de perder ó la libertad ó la vida, por dejarse llevar de un espíritu de devocion y de un fervor ascético inconsiderados y temerarios. Lo cierto es que sus predicaciones, sus penitencias, sus ejercicios piadosos, su exaltacion ascética, sus milagrosas aptitudes para la maceracion y para la penitencia, no le ganaron la voluntad de aquellos monjes, mas dispuestos á transigir con la impura realidad y menos ganosos de llegar al cielo por la terrible puerta del martirio.